

Retiro de Adviento

+Rigoberto Corredor Bermúdez
Obispo de Pereira

Introducción

“Dijo Dios: «Que haya luces en el firmamento del cielo para poder así separar el día de la noche y para que sirvan para señalar los días, los años y las festividades. Que estas luces estén en el firmamento para alumbrar la tierra». Y así sucedió.” (Gn 1,14-15)

La vida humana, inseparable del tiempo, se regula por tres rotaciones astrales: la de la tierra alrededor del sol (el año), la de la luna alrededor de la tierra (el mes, la semana) y la de la tierra alrededor de sí misma (el día).

Desde la más remota antigüedad, el ser humano ha fijado en todas las culturas y religiones, con la ayuda del reloj cósmico, fiestas anuales, mensuales o semanales, merced a la ruptura de la actividad laboral y al acceso en el ámbito religioso, para tomar contacto con la divinidad y lograr favores de su presencia salvadora. A través de la suspensión del trabajo y del fomento de las celebraciones festivas, el pueblo penetra en el ámbito sagrado, repitiendo ritos y evocando mitos, de acuerdo a unos calendarios regulados por los ciclos de la naturaleza y por determinados acontecimientos históricos, básicamente religiosos. Así se logra mantener el equilibrio físico, psíquico, social y religioso de un pueblo.

Comienzo del Año litúrgico

“Cristo, habiendo sido ofrecido una vez para llevar los pecados de muchos, aparecerá por segunda vez, sin relación con el pecado, para salvación de los que ansiosamente Lo esperan.” (Hb 9,28)

Todos sabemos que el año litúrgico comienza con el adviento y termina con la solemnidad de Jesucristo, Rey del universo. El término adviento, que significa venida o advenimiento, indicaba en el lenguaje pagano, la venida periódica de dios y su presencia teofánica en el templo. Equivale a retorno o aniversario. Desde el punto de vista cristiano, adviento era la última venida del Señor, al final de los tiempos. Pero al aparecer las fiestas de la navidad y la epifanía, significó también la venida de Jesús en la humildad de la carne. El adviento es, pues, tiempo de fe en la esperanza que nos prepara a la doble venida del Señor: la histórica en la encarnación por medio de María (navidad) y la escatológica al final de los tiempos (parusía).

Estas dos venidas se consideran como una sola, única, desdoblada en dos etapas. Esta doble dimensión de espera caracteriza todo el adviento.

Sentido espiritual del adviento

“Vosotros mismos sabéis perfectamente que el día del Señor vendrá así como un ladrón en la noche. Mas vosotros, hermanos, no estáis en tinieblas, para que el día os sorprenda como ladrón; porque todos vosotros sois hijos de luz e hijos del día. No somos de la noche ni de las tinieblas. Por tanto, no durmamos como los demás, sino estemos alertas y seamos sobrios.” (1Ts 5,2.4-6)

Adviento es tiempo propicio para convertirse, suscitar esperanza y anunciar la liberación salvadora de Dios. Es tiempo, además, de vigilancia ante lo que esperamos, que es el retorno de Cristo en la plenitud de su reinado. Por eso la venida del Señor exige que los cristianos nos encontremos vigilantes.

Al ser la venida de Cristo anunciada por los profetas, señalada por el Precursor y realizada por la Virgen, tres son las figuras centrales del adviento: Isaías, Juan Bautista y María. Durante el adviento, tiempo de esperanza y de preparación, se lee en la liturgia el libro de Isaías. Los domingos segundo y tercero se centran en la persona y obra del Bautista. El final del adviento se dedica a María, quien vivió (esta espera) intensamente durante los nueve meses de gestación de Jesús.

Hacia una espiritualidad de la Esperanza

“El día del Señor vendrá como ladrón (...). Puesto que todas estas cosas han de ser destruidas de esta manera, ¿qué clase de personas no debéis ser vosotros en santa conducta y en piedad, esperando y apresurando la venida del día de Dios! nosotros esperamos nuevos cielos y nueva tierra, en los cuales mora la justicia. Por tanto, amados, puesto que aguardáis estas cosas, procurad con diligencia ser hallados por Él en paz, sin mancha e irreprochables.”
(2Pd 3,10-14).

El sacerdote, como creyente, está llamado a encarnar la esperanza, como testigo de primera mano, de su constante y profundo encuentro con Dios en Cristo. La esperanza pone al creyente en actitud de espera, que en ningún caso significa inercia o falta de compromiso, porque el Dios que vendrá es el Dios que ya ha venido, que ya ha redimido al mundo y la historia humana. Por eso el hombre creyente debe aceptar el riesgo de su libertad, asumiendo la responsabilidad histórica que le compete en el horizonte de la dependencia trascendental de Dios. La esperanza es aceptación de este riesgo, sabiendo que las obras realizadas en el mundo, no se perderán en la caducidad de la muerte, sino que pasarán con el hombre a la nueva vida. El cristiano en vigilante espera recibe para sí y para el mundo, la gracia de la salvación futura y a la vez prepara y anticipa la definitiva manifestación de la gloria de Dios en Cristo.

El futuro de la esperanza cristiana no es el horizonte vacío de un esperar indefinido, sino la plenitud real del hombre en todas las dimensiones fundamentales de su existencias: en su apertura al

absoluto, que será colmada con la visión de Dios; en la comunión interpersonal, que será consumada y expresada con la participación de todos en la gloria de Cristo; en la relación con el mundo y con la historia, que no será destruida, sino asumida en la nueva existencia de la humanidad: *“Pues sabemos que la creación entera a una gime y sufre dolores de parto hasta ahora. Y no sólo ella, sino que también nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, aun nosotros mismos gemimos en nuestro interior, aguardando ansiosamente la adopción como hijos, la redención de nuestro cuerpo. Porque en esperanza hemos sido salvos, pero la esperanza que se ve no es esperanza, pues, ¿por qué esperar lo que uno ve? Pero si esperamos lo que no vemos, con paciencia lo aguardamos”*. (Rm 8,22-25).

Las metas humanas y la esperanza

“Yo estimo como pérdida todas las cosas en vista del incomparable valor de conocer a Cristo Jesús, mi Señor, por quien lo he perdido todo, y lo considero como basura a fin de ganar a Cristo... y conocerle a Él, el poder de su resurrección y la participación en sus padecimientos, llegando a ser como Él en su muerte, a fin de llegar a la resurrección de entre los muertos. No que ya lo haya alcanzado o que ya haya llegado a ser perfecto, sino que sigo adelante, a fin de poder alcanzar aquello para lo cual también fui alcanzado por Cristo Jesús. Hermanos, yo mismo no considero haberlo ya alcanzado; pero una cosa hago: olvidando lo que queda atrás y extendiéndome a lo que está delante, prosigo hacia la meta para obtener el premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús”. (Flp 3,8.10-14)

Sin duda, mirando al futuro absoluto, la esperanza relativiza en la perspectiva de lo provisional, todas las metas alcanzadas por el hombre en la historia, revelándole su dimensión de penúltimo. La esperanza cristiana no puede declararse satisfecha por ninguna de estas metas, sino que siempre va adelante, buscando lo nuevo y lo mejor, en estado constante de éxodo, hacia el cumplimiento futuro de la promesa. Por ello asume una actitud crítica de vigilancia frente a la

ambivalencia del progreso, pero al mismo tiempo acepta con confianza las esperanzas humanas, orientándolas hacia lo nuevo y lo último.

La vocación cristiana en general y nuestra vocación sacerdotal, es vocación a un amor creativo, que debe ser vivido concretamente en el seno de la realidad histórico-social tal como se presenta. La esperanza estimula al ser humano a darse, al mismo tiempo que le permite aceptar siempre nuevas posibilidades del futuro que le espera. Pero sobretodo alimenta en él, el sentido de la contemplación y de la gratitud por todo lo que ha recibido. “La conciencia orante está a la espera y sabe que lo que espera no puede venir de sí misma, sino que debe venirle de Dios. Por lo tanto, no se caracteriza únicamente por esperar, sino también en la espera por el reconocimiento del don, que es Dios mismo y cuanto viene de Dios” (M. Nédoncelle, *Bipolarità del cristiano*, Roma 1970, 181).

La misma praxis a la que la esperanza abre al ser humano, debe asumir la dimensión de la oración. “Podemos acercarnos a Dios únicamente cuando, más allá de todos nuestros problemas, queda en nosotros espacio libre para lo que de su voluntad tiene de inesperado; cuando todos los programas, las previsiones y los cálculos se ponen en movimiento y son mantenidos en suspenso por lo que siempre hay de más grande en su llamada dirigida a nosotros. Tan sólo con esta disponibilidad de absoluta resolución a obedecer ante todo, el cristiano puede reivindicar para sí la palabra ‘amor’” (H. U. von Balthasar, *¿Quién es un cristiano?*, Guadarrama, Barcelona, 1967, 84).

Vivir bajo la soberanía de Dios, manifestada en la resurrección de Cristo, significa vivir como emigrante a punto de partir. Por esto Cristo inaugura la hora de la misión. La esperanza se convierte en una actitud activa, alimentada por el valor y la fortaleza de ánimo, que nos capacita para la resistencia en el sufrimiento y la tensión en la lucha. De esta forma el cristiano está llamado a vivir su compromiso en el mundo, no para que siga siendo lo que es, sino para se transforme continuamente y llegue a ser lo que se le ha prometido que será.

¿Qué nos enseña Isaías?

“¿Acaso no lo sabes? ¿Es que no lo has oído? El Dios eterno, el Señor, el creador de los confines de la tierra no se fatiga ni se cansa. Su entendimiento es inescrutable. El da fuerzas al fatigado, Y al que no tiene fuerzas, aumenta el vigor. Aun los mancebos se fatigan y se cansan, Y los jóvenes tropiezan y vacilan, pero los que esperan en el Señor renovarán sus fuerzas. Se remontarán con alas como las águilas, Correrán y no se cansarán, Caminarán y no se fatigarán.

No temas, porque Yo estoy contigo; no te desalientes, porque Yo soy tu Dios. Te fortaleceré, ciertamente te ayudaré, sí, te sostendré con la diestra de mi justicia.”(Is 40,28-31; 41,10)

Realmente causan admiración las profundas enseñanzas que el Señor nos transmite por medio del Profeta Isaías. Esta profecía es un himno triunfal del amor de Dios, que nos conduce a la confianza absoluta en Él, ya que no nos defraudará, porque manifiesta su voluntad de reunir a todos los pueblos en la paz eterna de su Reino. Dios mismo es la razón de nuestra esperanza. *“Al final de los días estará firme el monte de la casa del señor, en la cima de los montes, encumbrado sobre las montañas. Hacia él confluirán los gentiles, caminarán pueblos numerosos. Dirán: Venid subamos al monte del Señor, a la casa del Dios de Jacob... De la espadas forjarán arados, de las lanzas podaderas. No se alzarán pueblo contra pueblo, no se adiestrarán para la guerra”* (Is 2,2-4). Habla del renuevo del tronco de Jesé. Nos anuncia la presencia del Emmanuel, Dios con nosotros.

Son estas palabras las que confortan al pueblo en los momentos difíciles de su historia, y son las palabras que nos siguen llenando de confianza para esperar en quien siempre está de nuestra parte.

¿Qué nos enseña Juan Bautista?

“Al día siguiente, Juan vio a Jesús, que se acercaba a él, y dijo: “¡Miren, ese es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo! A él me refería yo cuando dije: ‘Después de mí viene uno que es más importante que yo, porque existía antes que yo’ ...yo ya lo he visto, y soy testigo de que es el Hijo de Dios.”(Jn 1,29-34)

Juan el Bautista, el más grande entre los nacidos de mujer, el Precursor, nos señala al Mesías, nos muestra al Cordero de Dios. Convoca al pueblo a la conversión y a la purificación, para recibir al Salvador del mundo. Asume en su ser la santidad del primer Testamento, caracterizada por la total esperanza en Dios y tiene el privilegio de realizar el primer acto de fe sobre el Mesías, proclamándolo como tal ente el pueblo, que acudía a purificarse con su bautismo en el Jordán. Para Juan Bautista, en Cristo se cumplen todas las promesas del Antiguo Testamento. Él reúne todas las características del pobre de Yahveh, con una ventaja infinita: que Dios le permite ver con los ojos de la carne y de la fe al Salvador del mundo, esperado por todas las naciones.

¿Qué nos enseña la Virgen María?

“Entonces María dijo: –Yo soy esclava del Señor; que Dios haga conmigo como me has dicho.” (Lc 1,38)

“Su madre guardaba todo esto en su corazón. (Lc 2,51)

“Ella dijo a los que estaban sirviendo: –Hagan todo lo que él les diga. (Jn 2,5)

En el tiempo de adviento resplandece con mayor fuerza la relación de la Madre de Jesús con su Hijo, en este tiempo ella está ligada íntimamente a la espera y a la vida de Jesús. ¡Espera a quien ya está con ella!

En la santidad del ser de María se concentra la vivencia humano-divina del adviento. Nadie como ella supo conjugar las tinieblas del vacío de la fe con la certeza de la fidelidad de Dios.

En este tiempo de espera María nos enseña cómo debemos esperar; ella es ejemplo de cuáles han de ser las actitudes del creyente (y del sacerdote) para disponernos a recibir al Hijo de Dios. Con gozo anhelante, con convicción plena y con vigilancia activa esperamos a quien ya vino, está viniendo y vendrá.

“Santa María, unida plenamente a Jesús en este tiempo de Adviento, nos lleva a seguir el mismo camino y a vivir este tiempo de fe con la esperanza cierta de una presencia del amor que ya está con nosotros, pero que se realizará totalmente al final de los tiempos con la venida gloriosa de su Hijo Jesucristo”.